

CAPITULO VIII

NARRACIONES VENATORIAS

I



LA naturaleza formó en la falda de los montes Carpetanos, á poca distancia del Puerto de Guadarrama, un extenso anfiteatro rodeado de altísimas montañas, que se separan un tanto por la parte de occidente, como para que la vista del viajero se tienda y espacie por las fértiles llanuras de Castilla la Vieja. Siete reyes han sepultado sus tesoros en aquel sitio. Italia, Francia, Alemania y otros países han enviado allí sus artistas más famosos; Asia y América sus copudos árboles y regaladas frutas, y el mundo todo sus mármoles preciados y sus flores de brillante esmalte y exquisito aroma; así que, de un paraje agreste y pedregoso que era hace ciento treinta años, se ha convertido en un paraíso donde los grandes de la Tierra buscan solaz y descanso durante los ardores del estío. Espumosas cascadas, bosques espesos, praderas alfombradas de margaritas, manantiales sombreados por castaños, riachuelos abundantes en pintadas truchas, montes cubiertos de olorosa retama, sirven de marco á la mansión real, que eleva majestuosamente sus esbeltas to-

Tomo III.—Caza mayor y menor

rrecillas por encima de los edificios que han ido naciendo á su sombra ⁽¹⁾.

Felipe II se labró en el Escorial una tumba de cenobita; Felipe V se construyó en la Granja un sepulcro de poeta. La dinastía austriaca, que presentía su ruina porque había tocado el apogeo de la fortuna, se ocultaba á la vista del mundo debajo de un gigante de piedra; la dinastía borbónica, joven, llena de esperanzas, sensual, se elevaba un lecho de flores para dormir en él el sueño de la muerte. El ejemplo de Yuste creaba monasterios: el recuerdo de Versalles elevaba palacios. El uno legaba á sus sucesores un soberbio panteón: el otro una suntuosa casa de recreo.

La Granja, dulce y amada patria nuestra, acaso por ser el más moderno de los sitios reales, ó quizá por su delicioso clima, ha sido la morada favorita de los últimos monarcas; pero especialmente Carlos III le dispensó señalada protección continuando las obras comenzadas por su padre é ideando otras nuevas que habían de poner fin y remate al embellecimiento del sitio. En su reinado se crearon las suntuosas fábricas de cristales, célebres en Europa; se edificó la Casa de Infantes, se trazaron nuevas calles, y jamás faltó la corte en los meses de julio, agosto y setiembre.

(1) Narración de D. Carlos de Pravia.—*Ilustración Venatoria*.

En la *jornada* de 1775, que se prolongó hasta bien entrado octubre, comienza nuestro relato.

II

La corte de Carlos III, que bien pudiera llamarse la *corte de los cazadores*, andaba alborozada con los preparativos de una gran batida que S. M. había dispuesto se verificase en los próximos bosques de Riofrío. Limpiábanse las armas, adiestrábase á los perros, se daba doble pienso á las mulas que debían arrastrar la pesada carroza del soberano, y los caballeros Guardias de Corps se preguntaban unos á otros á quién tocaría aquella vez el honor de caer y morir en la veloz carrera de la real comitiva, pues siempre en casos semejantes ocurrían desgracias de este género. El Rey tenía dadas las órdenes más severas para que se corriese á razón de cuatro leguas por hora. Y no porque los cortesanos no estuvieran familiarizados hasta la saciedad con el sangriento placer de la caza, á que Carlos se entregaba en cuerpo y alma, lo mismo los días crudos y lluviosos del invierno que los calurosos y adormecedores de la canícula, sino porque en la corte todo el mundo afecta tener los mismos gustos y las propias antipatías que el monarca. Bajo Carlos V los cortesanos fueron guerreros y emprendedores, con Felipe II se hicieron frailes, con Felipe III afeminados empalagosos, con Felipe IV poetas, con Carlos II inquisidores, con Felipe V franceses, con Fernando VI cantantes, y con Carlos III cazadores.

El Rey pasaba la mayor parte del tiempo en el campo. Su rostro, expuesto constantemente á la intemperie, estaba curtido como el de los labradores; su mirada, dulce y cariñosa, buscaba siempre, aun en medio de la pompa y grandezas de la corte, los árboles queridos, las fuentes predilectas en que solía apagar la sed, y el áspero monte animado por el ladrido de la jauría, el sonar de las trompas y el confuso griterío de los monteros y ojeadores. Luis XIV había aconsejado á sus descendientes que se dedicasen al ejercicio de la caza para no ser víctimas de la enfermedad hipocondríaca, hereditaria en su familia, y Carlos dividía por mitad la grande energía de su alma entre sus deberes de rey y sus aficiones de cazador.

Pero la escopeta le pesaba menos que el cetro, por lo cual despachaba en dos horas, con pasmosa facilidad y acierto, los negocios del Estado, y el resto del día lo dedicaba á su pasión favorita. Sólo tres días en el año no iba al campo: el jueves, viernes y sábado santos, que estaban señalados con una cruz negra en su ca-

lendario; y entonces era tal su disgusto y mal humor, que nadie se hubiera atrevido á solicitar de él gracia alguna en tales ocasiones. Vestido comúnmente de una casaca de paño segoviano, en cuyos bolsillos tenía el singular capricho de llevar varios juguetes de su infancia; una chupa de piel de gamuza, calzones negros y medias de lana, y armado de un cuchillo de monte, con su sombrero de ala ancha calado hasta las cejas para que, moderando la demasiada viveza de la luz, le permitiera distinguir á larga distancia las piezas, que rara vez escapaban de sus tiros certeros; salía de palacio muy de mañana, y volvía dos ó tres horas después con un coche cargado de perdices, conejos, chochas y liebres, y tal cual venado ó jabalí, que imprudentemente se había puesto al alcance de su escopeta. Despachaba con sus Ministros y recibía á los Embajadores extranjeros, conferenciaba un rato con su confesor, comía, y á las tres de la tarde recobraba la libertad y la escopeta, tornando ya de noche para anotar en su diario de caza las piezas muertas por su propia mano en la jornada. Cinco mil trescientas veintitrés zorras, quinientos treinta y nueve lobos, y un número fabuloso de jabalíes y gamos, tenían su partida de defunción en aquel curioso libro. Esto era lo diario, lo que la costumbre había ya, por decirlo así, santificado; que á más cada año se celebraban cuatro grandes batidas como la que, con permiso del lector, y sin menoscabar la buena fama que de monarca recto, sabio y *español* goza, con justicia, Carlos III, vamos á describir.

El día amaneció lluvioso y destemplado. La gallarda cima de Peñalara, que surte de agua á los jardines op San Ildefonso, estaba envuelta en una espesa niebla, que se mecía sobre los pinos de la montaña como un velo de encaje. La Atalaya, Matabueyes y los Siete Piccos, que marcan el punto donde ambas Castillas se dan la mano, se veían cubiertos de nieve en sus puntos culminantes. Á pesar de esto, muy de madrugada, los individuos de la servidumbre, los convidados, en cuyo número se contaban los embajadores de familia, es decir, los de Francia, Portugal y Nápoles; los Guardias de Corps de servicio y los criados; empezaron á circular por las calles del Sitio, como si el día, con un sol magnífico y una temperatura agradable, convidase á salir á la campaña. Era demasiado conocido el dicho de Carlos, *el agua no rompe huesos*, para que nadie se atreviera á permanecer en el lecho, confiado en lo desabrido del tiempo.

Apenas los monteros de Espinosa, que velan el sueño de nuestros reyes, salieron de palacio embozados en sus capas de grana, los guardias, que apresuradamen-



Venados y ciervos en la Granja

te montaban á caballo; los palafreros, que á rienda suelta partían para comunicar órdenes á los puestos avanzados; y, sobre todo, ese rumor, esa solicitud muda, esa curiosidad respetuosa que va siempre delante de los primeros galanes en la comedia del mundo; anunciaron que Carlos III salía de su cámara.

El Rey, alegre y satisfecho como el conquistador que se dispone á entrar en la ciudad que debe tributarle los honores del triunfo, entró en un carruaje con el Príncipe de Asturias y el infante de Gabriel, sus hijos. El infante D. Luis, su hermano, iba solo en otro coche, al cual seguían los del Capitán de Guardias, el Caba-